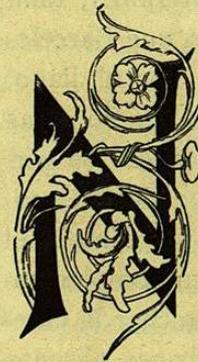


## CAPÍTULO III

Ojeada á los monumentos de la dominación de los Reyes de Aragón

### LA CATEDRAL



UESTRA principal tarea, la que como tal nos propusimos en estos primeros capítulos, queda cumplida con el precedente: los restantes habían de basarse sobre una reseña histórica del poder condal, único que aparece como peculiar á Barcelona y en el cual se fueron refundiendo cuántos en Cataluña existían. La necesidad de desembarazar el camino nos obligó á extendernos en aquella serie de soberanos, cuya narración iba ensanchándose á medida de su acrecentamiento y pujanza y de la multiplicidad de los sucesos; así las aguas del Ter dejan el estrecho cauce primitivo y se tienden con majestad por la llanura, engrosadas con las de sus afluentes. El hijo de Ramón Berenguer IV, aunando los centros de Cataluña y Aragón, comienza una época histórica ge-

neral á todos los estados de aquella corona; y si el interés, antes concentrado en la serie personal de los mismos condes, pasa á las vicisitudes de la población, la historia particular que de esto se origina es tan amplia, tan copiosa en hechos importantísimos, que un capítulo como el presente no podría sino profanarla.

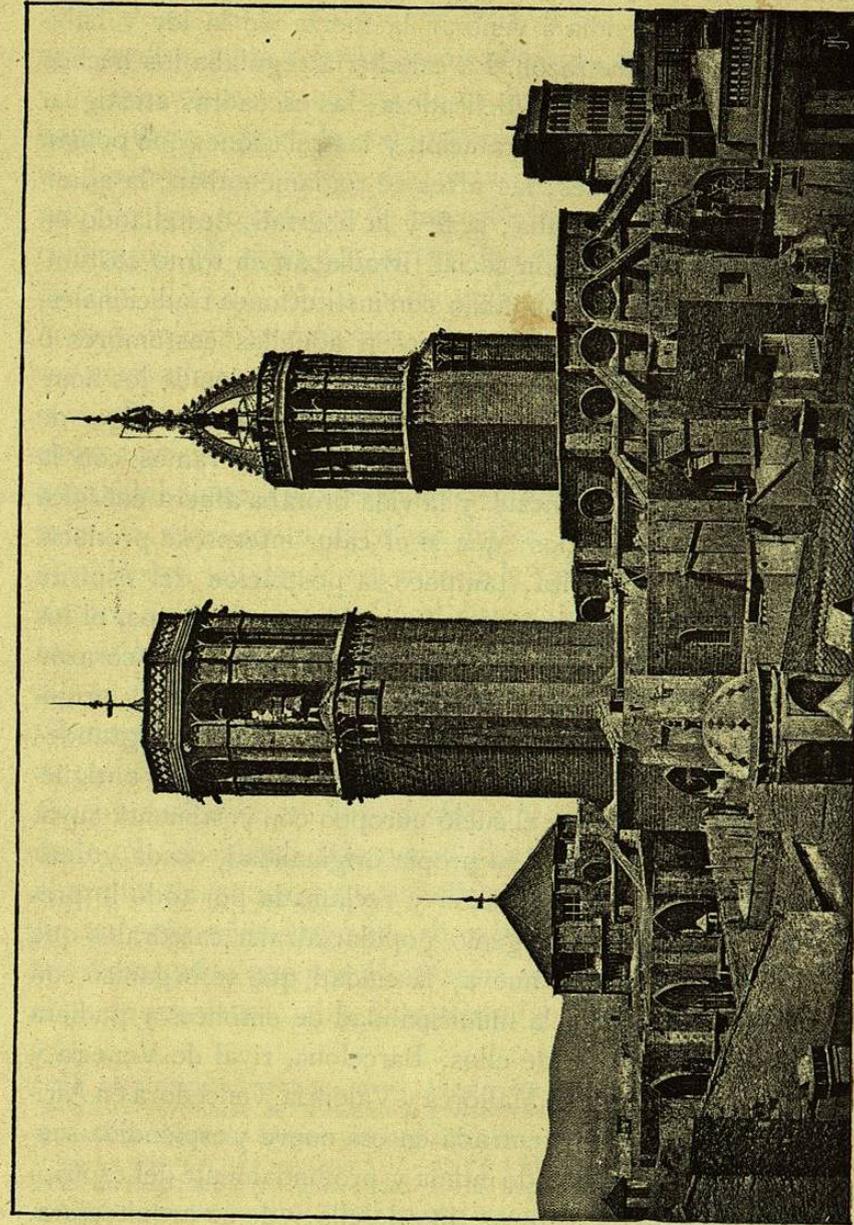
La religión, base de la sociedad y en los comienzos de reorganización de aquellos tiempos centro de todas las inteligencias y de todas las fuerzas, era la que primeramente había de ocasionar un testimonio perdurable de la nueva faz, que para el Condado y particularmente para la ciudad había nacido desde los postreros años de Ramón Berenguer IV y la consiguiente unión de los estados catalanes y aragoneses. La iglesia catedral erigida desde 1046 á 1058 por Ramón Berenguer *el Viejo* ya no bastaba á la población del postrer tercio del siglo XII; y así como su edificación había venido á consignar un nuevo período en el condado, la primera consolidación de lo restaurado á favor de la cual debían prepararse las expediciones ulteriores; también con la de otro templo más capaz se patentizó que Barcelona dilatava hacía tiempo sus populosos barrios por el llano, que tiempo había quedaban para siempre fijadas las fronteras de Cataluña hacia sur y poniente, y que fructificando los gérmenes de la constitución pública con el calor benéfico del comercio, de la navegación y de la agricultura, se aproximaba el día en que la organización del estado recibiera su complemento (a). En 1173 ya se sentía esa necesidad de ensanchar la catedral, y por la parte que hoy es ábside empezábanse algunas construcciones, entre las cuales, apellidándolas *obra nueva*, el canónigo Bernardo de Puigalt fundaba el beneficio del altar de San Andrés. No son tan evidentes los datos que han llegado á nosotros, que podamos señalar distintamente el sitio y la dirección de aquella iglesia: situada dentro del recinto de la ac-

(a) Véase el APÉNDICE n.º 19.

tual, sólo sabemos que delante de su puerta había el cementerio mayor llamado la *Galilea* (a), que la obra nueva susodicha se construía en terreno de parte de éste, y que en tiempos posteriores lindó con él otro cementerio de la parroquia de San Jaime. Por sudeste, ó quizás nordeste, un arco pasadizo unía la iglesia con el palacio episcopal situado en lo que hoy es calle y Santa Clara; hacia levante continuaba lindando con el claustro de la misma Catedral ó de la casa Canónica; y cuando el obispo Arnaldo de Gurb hubo trasladado su mansión al nuevo palacio, mencionó la capilla de las Vírgenes ó de Santa Lucía como colocada delante de su morada y muy cerca de la iglesia. Como quiera que sea, su situación no impidió que el día 1 de Mayo de 1299 se comenzase la catedral que hoy vemos, mientras en la iglesia antigua se continuaba el servicio divino: así la fiesta de la dedicación es aún ahora la del templo de Ramón Berenguer *el Viejo*, pues uniéndose á él la nueva fábrica no hubo otra necesidad sino de trasladar el altar al nuevo presbiterio, y pudo irse demoliendo la antigua á medida que la edificación adelantaba. Esto sin duda significa la tradición de que el templo antiguo sirvió en lugar de andamios para construir las naves. Así conjeturamos que, si junto á su pared de oriente tenía el claustro y á sudeste ó nordeste el arco del palacio episcopal, su dirección era con corta diferencia la del actual templo, y hasta podemos asegurar que ocupaba parte del coro, ya que en 1379 los documentos dicen que se trabajaba en el derribo de la *obra de la iglesia vieja* delante del altar de San Paciano, el cual está en la primera capilla de la nave lateral derecha ó de poniente junto al crucero. Costumbre fatal ha sido en todas épocas borrar los monumentos antiguos cuando la necesidad ó la devoción ó el fausto han reclamado su suelo para otras fábricas modernas; costumbre apenas desmentida jamás, por la cual la piedad

(a) Formaba un pórtico con altares á semejanza de lo que se ve en otras construcciones religiosas de estilo románico.

misma ha dañado cruelmente las obras de lo pasado, y á la postre á sí propia. El edificio costado por los condes Ramón Berenguer y Almodis y con tanta solemnidad y asistencia de obispos consagrado, debió de retratar la grandeza que ya entonces la casa de Wifredo alcanzaba; y á la manera con que el condado se asentaba sobre bases firmísimas de legislación y defensa, en su portada, en el ábside y en sus pilares vióse quizás fijada también aquella arquitectura tan lentamente elaborada con las reliquias de la antigüedad. ¿Por qué no hemos de acoger esta suposición, si en todas partes la encontramos realizada siempre que á la voz del príncipe, desde fines del siglo XI al XII, una concentración de esfuerzos é inteligencias erigía, no ya la abadía gigantesca, sino la catedral mitad monástica, mitad ciudadana? Duélenos de esa pérdida; y cierto bien podemos echar de menos aquel edificio que, subsistiendo muchos años después de empezado el actual, influyó en algunas formas de este y quizás por medio de algunos de los detalles que hoy vemos nos transmitió su memoria. Aquí al menos el dolor no se acrecienta con la vista de lo que vino á substituir la fábrica primera: un monumento importantísimo está de continuo disculpando á los que en tiempo del rey D. Jaime II echaron sus cimientos y decretaron la demolición de la catedral antigua. Ese monumento aparecía en la época más brillante de la arquitectura y de aquella civilización, en el período en que daba el fruto de la larga y penosa elaboración de tantos siglos. Fijadas las nacionalidades, las instituciones públicas arraigábanse y medraban; los sentimientos se purificaban á una altura que ha pasado á la posteridad como ideal completo del carácter y dignidad humanos; los hechos que los revelaban, acontecían revestidos de esplendor y no sé qué sello de heroísmo espontáneo. Los reyes se rodeaban de los comunes, y la ferocidad feudal amansábase con las nuevas costumbres, ó por mejor decir, haciéndose ciudadana trocaba á menudo y con placer sus sombríos castillos por la seguridad de las ciudades, por el fausto de la corte y por el espléndido



TORRES DE LA CATEDRAL

movimiento de los torneos, si ya sentándose en los escaños del parlamento no aprendía á venerar la fuerza de la ley y habituarse al triunfo de la razón. La caballería regulaba los hechos de armas con el honor y la delicadeza; las escuadras atestiguan el incremento de la contratación y las relaciones que ponían en contacto los comunes; las artes se reglamentaban; la administración civil se aseguraba; la fe y la libertad, destellando en el centro de la organización social, irradiaban en torno costumbres que al último se sancionaban con instituciones tradicionales, para que á su vez estas rejuveneciesen aquellas costumbres ó las creasen nuevas ó las atemperasen á la condición de los tiempos. Era la Edad media en toda su plenitud de vida: el vigor de aquella planta nutría sus extendidos y variados ramos con la savia fecunda de las creencias, y la vida brotaba afuera enérgica con frutos pingües y sanos; que si el calor interno se producía con copia simple é inculta, tampoco la postración del espíritu hubo de comunicar apariencia de forzados á esos frutos, ni los contaminaba esa podredumbre del entendimiento y del corazón que hoy ha herido con frío de muerte todos los centros y orígenes de vida. La Arquitectura, expresión material de las grandes instituciones, sacudía todas las formas prestadas por la antigüedad y se levantaba sobre el suelo europeo con vestimenta suya, rebosante de conciencia de su propia originalidad, osada y decidida como engendradora en sazón y reclamada por todo lo presente. En todas partes el genio popular alzaba catedrales que simbolizasen la sociedad nueva: la ciudad que se organizó con todos los caracteres de la municipalidad de entonces y pudiera muy bien servir de tipo de ellos, Barcelona, rival de Venecia y Génova, conquistadora de Mallorca y Valencia, vencedora en África y en Sicilia, señaló su entrada en esa nueva y espléndida senda con un monumento sellado íntima y profundamente del espíritu de aquella sociedad, y á su vez tipo de ella y de su arquitectura.

Erigida la Catedral en la parte más alta de la población, súbese á su atrio por una ancha escalinata; y si arriba el frontis

ojival ocupase lo que ahora es una pared feamente desnuda é incompleta cual la dejaron los artífices del siglo xv, el exterior nos predispondría con impresión poderosa á la vista del interior, y la importancia y belleza de lo que vamos á contemplar quedaría afuera expresado con una obra digna de todo el monumento. Las reflexiones que esa vista nos sugiere son amargas: el celo de los prelados y de los cabildos menguó cuando con los comienzos del siglo xvi acabó de extinguirse aquel ardor, que durante el xiii y el xiv había vivificado la sociedad entera; las fuerzas de ésta ya repartidas, distraídas, las constituciones públicas enervadas y minadas poco á poco, alteradas de cada día las costumbres, y los tronos absorbiendo todas las fuerzas y por un ciego artificio y una falsa prepotencia corriendo más de cada día á un fatal aislamiento, el monumento religioso ya nada simbolizaba, la arquitectura cristiana había fenecido y la fábrica era abandonada allí donde esa muerte la había sobrecogido. El buen artífice del siglo xv perfiló el diseño de la Portada y aun echó los cimientos del frontispicio con el trozo de construcción que allí se destaca de la pared; mas el santo Patriarca de Jerusalén Clemente Sapera cerró la lista de los bienhechores de esta iglesia, y si bien en 1564 se promovió la continuación del frontis, esa resolución no se llevó á efecto, y hoy sólo podemos juzgar de lo que él hubiera sido por el diseño de la *Portada* que trazó el arquitecto gótico y se custodia en el Archivo de este Cabildo. Es un pergamino largo de 16 palmos, maltratado por los cuatrocientos años que por él pasaron, y apenas inteligible en muchos de sus detalles (1). Dos contrafuertes menudamente labra-

(1) Dentro de breves años quedará casi borrado este raro documento; y entonces podrá apreciarse debidamente la generosidad del M. I. Cabildo que con franquearlo para que sacásemos una copia ha prevenido é imposibilitado su pérdida total. La estampa que contiene esta copia y á que remitimos á nuestros lectores, hubo de reducirse á 6 palmos de los 16 que consta el pergamino; pero salvo esta reducción de dimensiones, en lo demás reproduce escrupulosamente el diseño hasta en sus defectos (a).

(a) La reproducción de que se habla es muy conocida por haberse puesto á la venta desde la época de la primera edición de esta obra, razón por la cual no la damos en la presente.

dos arrancan ligeros del suelo á entrambos lados y suben á grande altura á fenecer aislados en forma de atrevida aguja. En medio de los dos se abre la puerta profundamente alfeizada, y sobre ella un alto frontis irgue su aguda cúspide á la misma altura de las dos agujas; y el espacio que queda entre el arranque de la arcada del ingreso y los contrafuertes hasta más arriba del vértice de aquella, comparece ocupado por la pared maciza y también labrada, que con su coronación de una baranda calada forma un cuerpo arquitectónico idéntico al todo. El desarrollo de esta idea tan sencilla hace alarde de toda la riqueza que el Arte ojival guardó para esa noble parte de sus edificios; y favoreciéndose esta índole del mismo Arte con el lujo que la escultura prodigó en el siglo xv, la obra se despliega magnífica, cuajada de labores, y con una abundancia de imaginación que admira y embelesa. Mas no reina allí la confusión que en el mismo siglo comenzó á corromper esas porciones de las fábricas sagradas; quizás cuando se diseñó no había aún sonado la hora de la depravación de la Arquitectura ojival: ó si ya la escultura entonces señoreaba en ella, y complicando y revolviendo las líneas caminaba á su emancipación; el modelo sublime que de continuo tenía delante de sus ojos, aquel interior tan puro y tan rico debió de guiar la mano del artífice diseñador é inspirarle una traza en que la idea general apareciese limpia y las labores saliesen sin confusión engendradas por la contextura de los lineamientos. Los dos contrafuertes, resaltando del frontis en todo el cuadrado de su base, suben independientes de la puerta en sus líneas generales, si bien se armonizan con ella y con el resto por medio de algunas de sus partes. Sobre un robusto zócalo, su primera compartición ó cuerpo asciende hasta casi el nivel del vértice del intrados del ingreso; sus flancos ó esquinas muy resaltados llevan numerosas molduras ó bocelos, entre las cuales avanzan en cada frente dos mayores, y rematando todas en agujas de crestería, á su vez son coronadas por otra cúspide mayor, también erizada de detalles: sobre estas dos cúspides se

tiende la cornisa de una faja de hojas. El recuadro que estos dos flancos salientes forman en el centro del contrafuerte, lo llenan dos altos pedestales poligonales rica y profusamente esculpidos é iguales en todo á los restantes de la portada que mencionaremos luégo; y apean dos estatuas al parecer del Antiguo Testamento, con largos rótulos en las manos, los cuales sin duda habían de contener sus nombres, y cobijadas por dos doseletes. Una ligera moldura separa desde el zócalo los pedestales y las estatuas, y recibiendo encima de los doseletes dos arquitos con colgadizos á su vez apoya las labores de relieve, que á la usanza gótica rellenan el espacio restante entre ellos y la ojiva superior que abarca á entrambos y arranca de los dos lados del contrafuerte. De esta ojiva parte un ligero y no menos trabajado frontón á unirse á la mencionada cornisa ó faja de hojas por medio de su magnífico penacho. La segunda compartición, más estrecha que la primera y estribando en el declive que se forma sobre aquella cornisa ó faja de hojas, la vence en ligereza y altura, y constituye el cuerpo principal de aquella elegante pirámide, cuya tendencia y movimiento allí acaban de declararse. Un pilarcito de agrupadas y numerosas molduras é interrumpido á trechos por fajas, la corre en toda su longitud y la divide por el centro; y en los dos pisos de nichos que quedan formados entre él y las molduras de las esquinas, hay cuatro estatuas, las dos inferiores cobijadas por ricos doseletes con pináculo (1) y quizás de personajes del Antiguo Testamento, y las dos superiores más esbeltas, con corona de Santos, encerradas en nichos un tanto más estrechos y guarnecidos de una labrada ojiva con frontón agudísimo ó más bien pináculo erizado de crestería. Es admirable el sentimiento de delicadeza con que está ejecutado el remate de este segundo cuerpo: los contrafuertes no habían

(1) Adoptamos las voces técnicas que encontramos en los documentos artísticos de aquella edad, siempre que pueden traducirse directamente. Los principales son *pinacle*, *tabernacle* (doselete sin cúspide), *formaret* (penacho), *esmortiment* (cúspide, remate ó frontón).

de pasar de la altura del frontón de la puerta; al mismo tiempo la compartición última no podía partir desde el trozo indicado del segundo cuerpo sin resultar desproporcionada y débil; ni al segundo cuerpo era dable añadirle otro piso de nichos sin menoscabar sus proporciones y robar su efecto á los frontones ó pináculos que cubren las dos estatuas últimas. El artista venció estas dificultades continuando el pilar ó conjunto de molduras, que divide aquel cuerpo por el centro hasta fenecer en una aguja á bastantes palmos del remate de los frontones; hizo que los pilares ó molduras de las esquinas espirasen en dos agujas junto á los nichos y al lado de los frontones, á los cuales hacen compañía; y delineando encima y retirados hacia dentro otros dos pilares, los erigió en agujas al nivel del central y unió los tres por medio de dos ojivas con frontón calado. Así puso al segundo cuerpo una coronación magnífica nacida de sus mismas líneas por medio del pilar central; al paso que dió una base intermedia y más estrecha al cuerpo último para preparar su debido arranque. Dos solos pilarcitos, que caen perpendiculares al centro de las dos ojivas de abajo, lo forman en toda su extensión y con su misma altura no interrumpida hacen resaltar su extraordinaria delgadez. Ya para disimular esta un tanto en su comienzo, ya para afianzar al todo sobre una base que contraste y permita gozar mejor de su ligereza, el artífice empotró en cada una de sus cuatro caras sin nicho un pilar exágono que allí sólo presenta su ángulo saliente y como su mitad total; sobre él colocó una estatua, y á ésta la cubrió con un doselete y pináculo que sale enteramente afuera del sólido de la obra. De este modo, de todos lados se descubrían tres pedestales, tres estatuas y tres doseletes, uno de frente y dos de lado; y si rellenaban este trozo para que no compareciese endeble, tampoco le privaban de su osadía y ligereza, pues que imágenes y doseletes aparecían levemente unidos á él y en realidad colgados al aire. Desde los doseletes el remate sube despejado á ostentar su forma sutil y penetrar en el espacio con su aguda

flecha erizada de follaje. Si la tendencia á la pirámide, si las líneas verticales son el carácter íntimo de la arquitectura ojival, ninguna parte como esos pilares y contrafuertes la refleja con tanta claridad. Desde el basamento, por una progresión no interrumpida y admirable, en cada compartición van espirando algunas molduras con una menuda aguja, cual si se confundieran con el espacio; las líneas dominantes que fenecen en cada cuerpo con otras agujas, al paso que así también se pierden en el espacio, engendran en el seno de su sólido otras líneas que á su vez fenecen progresivamente; hasta que disminuídas de una manera espontánea y casi imperceptible, quedan unas pocas agujas en el remate como postreros retoños de toda aquella creación y acompañan el empuje decididamente piramidal de la flecha. Parece que en este sér artístico reina una aspiración inteligente hacia el cielo: cual vegetal de inefable hermosura, las partes débiles de su exterior van expirando á medida que el vigor central de la médula les falta, y entonces presentan al sol que buscaban lo más delicado de sus fibras; así la masa del tronco pierde poco á poco de su robustez, hasta que la distancia de la tierra que la nutre detiene su crecimiento y á su turno la obliga á presentar al sol la flor entreabierta ó el botón tierno y apiñado que no pudo desplegar sus hojas.

¿Qué misterio encierran esas formas piramidales que así atraen el espíritu? El ansia que de continuo aqueja el corazón humano, la sed constante de perfección y de inmensidad, el sentimiento de lo infinito que vive en el fondo de nuestro sér aman seguir la indicación enérgica de esos pilares, flechas, cúpulas y campanarios, cuyo irresistible impulso nos arranca de la tierra, nos levanta á dominar sobre opuestos y vastos horizontes, y satisfaciendo nuestra aspiración nos hace hollar sobre el espacio y volar con dulcísimo y arrobador deleite á perdernos en el mismo cielo donde desaparece á nuestros ojos la sutil línea del remate. La naturaleza humana, alta, libre é inmortal, palpita á este lenguaje clarísimo de los monumentos ojivales, como á la